

chocante impudicia que en algunas poetisas brota como espontánea de la discrepancia entre su ser y el estilo tradicional del lirismo.»

De las reflexiones anteriores pudiéramos deducir que la mujer aparece como descentrada, como inasimilada en la obra de la cultura contemporánea. Pero en sus «diferencias» se vislumbran muchas posibilidades. Desde luego, esta situación de sometimiento que ella ocupa en nuestras artes y ciencias acaso sea transitoria y termine por descubrir su misión específica. Ya hay muchas actividades intelectuales que se han enriquecido y parecen cambiar de rumbo bajo la influencia de la mujer. Ciencias como la medicina y la psicología, que requieren una sensibilidad fina, cierto desdoblamiento espiritual que permita al médico y al psicólogo ponerse dentro de sus «casos», parecen indicadas para las mujeres. Ellas reaccionan con mayor prontitud a los estímulos exteriores y son más capaces de la flexibilidad e impersonalidad que exigen estas disciplinas. A la pedagogía moderna lleva la mujer las intuiciones maravillosas de su desarrollado instinto maternal. La historia también necesita intuición: «siendo la historia en cierto sentido una psicología aplicada, la índole femenina puede constituir la base de producciones muy originales.

La mujer, por serlo, contiene una mezcla de igualdad y desigualdad con el objeto histórico en proporciones distintas de las del hombre, por lo cual ha de ver distintas cosas que el hombre.»

No concluye aún el estudio de Simmel. Se anuncia una segunda parte que comentaremos portunamente. M. P. S.

<https://doi.org/10.29393/At4-229MJRA10229>

En torno al misterio de Juan Orth

Hace poco, en una de sus correspondencias la agencia americana de noticias «Associated Press» comunicaba la muerte de un individuo a quien se creía el famoso Juan Orth, nombre que tomó al abandonar el Palacio Real de Austria, el archiduque Juan Neporuck Salvador Habsburgo.

Brevemente resumida, la historia de este ser de sangre real es la siguiente: Juan Neporuck Salvador, archiduque de Austria, nació el 25 de Noviembre de 1852 en Florencia, (Italia), y fué el hijo menor del archiduque Leopoldo II de Toscana. Incorporado al ejército austriaco, llegó a obtener en él el grado de mariscal de campo y fué también comandante de una división. En 1878 tomó parte en la campaña de Bosnia. Un libro que escribió sobre cuestiones militares le puso en desgracia con la corte, debido a

lo cual se le destinó a la plaza de Linz. Su tentativa de ocupar el trono de Bulgaria no fué más feliz, y sólo obtuvo alguna fortuna al indicar como candidato al mismo, a su actual ocupante, el príncipe Fernando de Coburgo. Por último, el archiduque Salvador fué separado del comando de la tercera división de infantería, y en 1887 dejó el servicio activo.

Con esto entró a ocuparse de asuntos de marina y obtuvo su título de capitán mercante. Como continuara la tirantez de sus relaciones con el emperador Francisco José, en 1889 renunció sus derechos al trono y sus prerrogativas de nobleza, tomando el nombre de Juan Orth. Desde entonces comienza la parte legendaria de su vida, la que ha inspirado tan bellas páginas literarias a numerosos escritores de diversas lenguas.

Se sabe que en 1890 salió de Hamburgo para Buenos Aires en un buque de vela, llevando consigo a la celebrada actriz vienesa Frau Stubel. El viaje se realizó sin novedad; pero al tratar de continuarlo hasta Valparaíso, un temporal sorprendió al barco en las cercanías del Cabo de Hornos, y el velero se perdió. Por mucho tiempo dejóse de hablar del ex-archiduque.

Circularon, sin embargo, rumores de que él había sobrevivido al desastre de la nave. Hace no mucho, un viajero aus-

triacó aseguró haberlo encontrado en una hacienda mejicana. Esta historia parece haber sido desmentida por la policía vienesa, la cual asegura que el archiduque Salvador de Austria, no es otro que un humilde vendedor callejero llamado Alberto Goebel, cuya muerte fué registrada en Viena, el 16 de Marzo de este año.

Esta afirmación de la policía vienesa, se basa no sólo en el testimonio de la viuda de Goebel, sino también en el de una antigua dama de compañía de la ex-corte de Austria. En efecto, Frau Elvira Stamfer asegura que conoció a Alberto Goebel por varios años, y que en cierta oportunidad éste le reveló su secreto, bajo la promesa de que jamás lo divulgaría mientras él viviera.

Queda aún otra persona que pretende haber estado en el secreto de la vida del misterioso archiduque. Se trata de un abogado vienés con quien Alberto Goebel habría consultado la conveniencia de anular la declaración de muerte civil del archiduque Juan Neporuck Salvador. El abogado en referencia declara que si bien al principio estuvo muy incrédulo respecto a la afirmación de Goebel, de ser él el archiduque en persona, al fin tuvo que darse por convencido de que decía la verdad, gracias a muchas pruebas que le diera de su verdadera personalidad.

Hasta aquí la información que nos proporciona la «Associated Press». Por su parte, Hans G. Kramer en el número de la «Gaceta de Munich» correspondiente al 18 de Abril de este año, alude a esta «nueva leyenda habsburguesa», dándonos algunos datos sobre Goebel.

«A mediados del pasado mes de Marzo—escribe Hans G. Kramer—murió en Viena un anciano que había vivido en luctuosa indigencia, y sin embargo se rumorea, y aun se afirma con insistencia, que este pobre viejo fué un miembro legítimo de la dinastía de los Habsburgos. El finado se llamaba Juan Alberto Goebel, y su señora, algunos habitantes de casa y un abogado sostienen terminantemente que en él ha bajado a la tumba el archiduque Juan Salvador, que más tarde tomó el nombre de Juan Orth. Sabido es que el archiduque abdicó de todos sus títulos y prerrogativas como miembro de la familia imperante cuando, contra la voluntad de sus allegados, contrajo matrimonio con Milli Stubel, una linda burguesita de Salzburgo. Apenas había celebrado sus bodas se embarcó a bordo del «Santa Margareta» para emprender viajes de exploración. Nunca se volvió a oír nada ni del buque ni de su dotación o de sus pasajeros. Evidentemente se había hundido en la terrible tempes-

tad llamada de «Cambises», y el archiduque lo mismo que sus acompañantes pasaban por muertos.

El hombre que el 16 de Marzo falleció en la capital austriaca no reveló a nadie su identidad, y sólo hace cinco años la descubrió a su esposa, obligándola a observar un silencio sepulcral sobre este secreto. En efecto, nadie se enteró jamás del misterioso caso, aunque el matrimonio lo pasaba con la mayor estrechez y tenía que recurrir al comercio ambulante para ganar su mísero sustento. Los documentos del difunto estaban extendidos a favor de Juan Alberto Goebel, nacido en Mauer cerca de Viena; pero es muy cierto que el fenecido no era idéntico con este personaje, y que también su edad era muy otra que la que figuraba en esos papeles. Juan Orth habría cumplido ya 74 años, mientras el pseudo-Goebel no admitía para sí más que 59, pero su fisonomía delataba una edad mucho más avanzada.

La viuda de Goebel pretende haber conocido a su esposo el año 1901 en el distrito del Ruhr y haberse casado con él un año después. Goebel era entonces primer camarero y administró más tarde el restorán «Thaliatheater». Pero la empresa no floreció y en 1903 se trasladó el matrimonio a Frankfurt del Main. Al año si-

guiente marcharon los dos a Viena ganándose allí la vida como mejor pudieron. Las últimas palabras que Goebel dijo a su mujer cuando ya se aproximaba la muerte fueron: «Me han dicho que algún día llegaría a ser rey». De su vida pasada no hablaba nunca el difunto, y ni siquiera a su mujer ha referido su lance amoroso con Milli Stubel. Lo único que ha contado con algún pormenor fué la catástrofe en que se hundió el buque. Dijo que con el barco se había perdido toda la tripulación y que él fué el único que pudo salvarse a una isla, donde mujeres negras le hallaron y le dispensaron todos los cuidados posibles. Goebel se complacía mucho en hacer regalos en cuanto se lo permitían sus tristes circunstancias; pero él mismo no aceptaba nunca nada, ni siquiera un simple cigarrillo. Las gentes que le conocían le pintan como un carácter imperioso y prepotente, de modales huraños y muy taciturno. Su instrucción estaba muy por encima de lo vulgar, pues el difunto hablaba corrientemente las lenguas francesa, inglesa e italiana y entendía también el checo. Goebel leía muchísimos periódicos y libros y sabía taquigrafar. En cuanto al aspecto exterior no cabe duda de que su rostro presentaba

muchos rasgos típicamente habsburgueses. Sus facciones son resueltas e inteligentes y se refleja en ellas un concepto elevado de la vida y de las cosas humanas. En ningún caso es su fisonomía la de un mozo de café o de un buhonero. Cierito es que un misterio rodea al muerto, sin que por eso se pueda considerar probada su identidad con Juan Orth.

Habría, pues, muerto ya el misterioso individuo que nació en la cuna de una de la dinastías más célebres de Europa, principalmente por el carácter fatal de su sino, el mismo que luego, según se dijo, había vagado por el mundo bajo el nombre de Juan Orth y que fué a terminar sus días en Viena llamándose Alberto Goebel.

¿Corresponden estos hechos a la realidad de la historia de este hombre, o tendremos que esperar aún más tiempo para saber qué ha sido del desventurado archiduque? Nadie sabría decirlo con certeza. Lo único que sí se puede asegurar es que, en el hondo misterio de Juan Orth, la nueva personalidad de ese Alberto Goebel muerto ha poco en Viena introduce un nuevo elemento de complejidad que contribuye a hacer más impenetrable la maraña. S.